

ARDISA

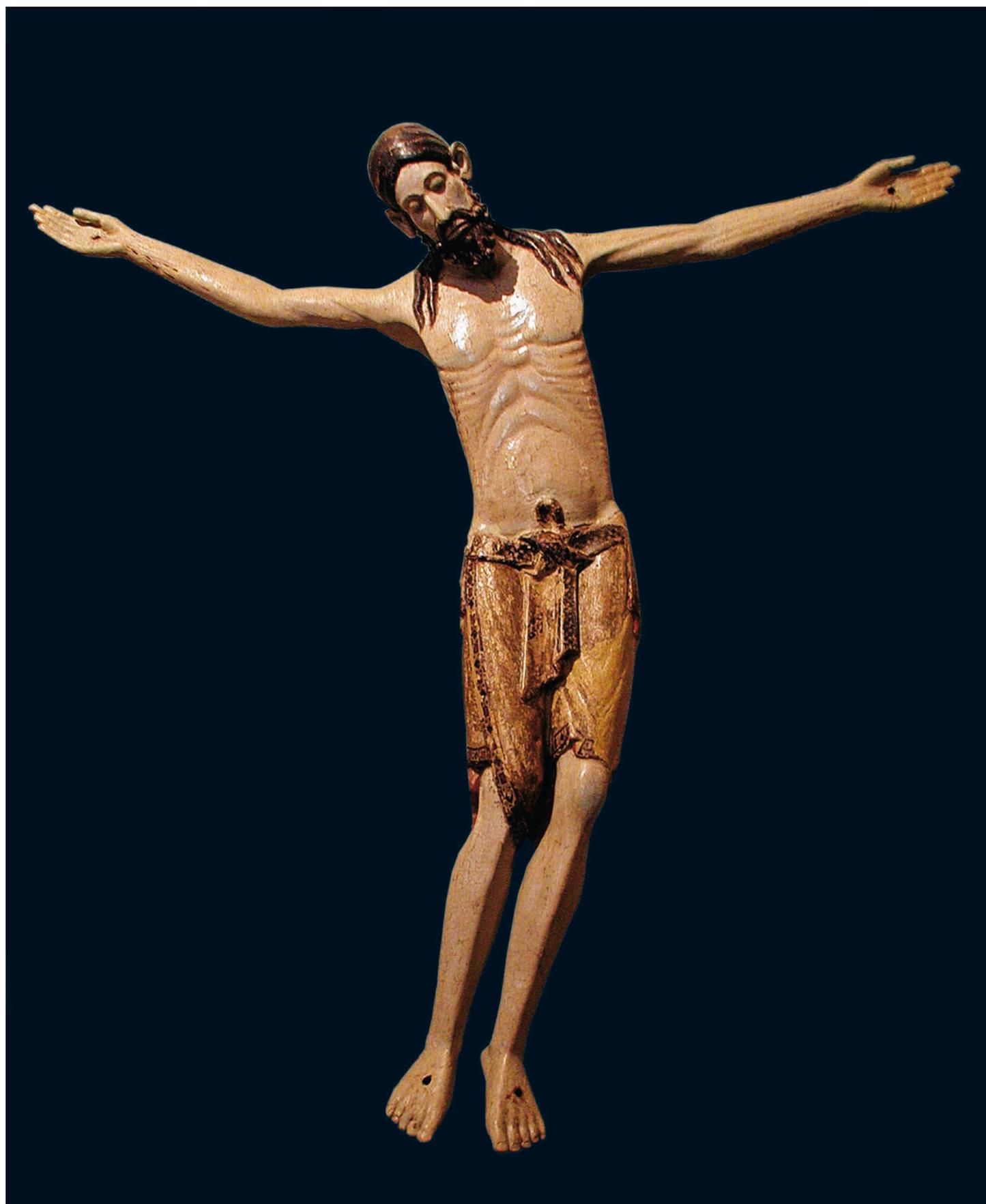
Ardisa se sitúa en el margen oriental de las Cinco Villas y a 80 km de la ciudad de Zaragoza. Emplazada a 433 m por encima del nivel del mar y en las inmediaciones del río Gállego, linda con Santa Eulalia de Gállego, Luna y Puendeluna. El entorno de Ardisa estuvo poblado desde la Prehistoria, como atestiguan diversos yacimientos arqueológicos del Neolítico en la zona. Pese a que no hay evidencias de ello, la tradición oral de la localidad mantiene la idea de que el núcleo original se encontraba en un emplazamiento cercano, "en lo alto", y desde donde se habría trasladado en fecha indeterminada. Quizá sea este el motivo por el que, a excepción de la iglesia parroquial de Santa Ana, poseedora de un rico patrimonio mueble, y de una cruz de término con decoración esculpida, no se conserven restos de la Ardisa medieval, cuya primera mención documental data de 1256, en tiempos de Jaime I. En los siglos siguientes, el señorío de Ardisa estuvo bajo el poder de los Ayerbe, los Jordán y, ya en el siglo XV, de los Gurrea, propietarios igualmente del cercano castillo de La Ballesta o de Ballestar. Muy próximas están las ermitas góticas de San Juan de Barto y de San Vicente y, por último, a 3 km se encuentra el santuario de Miramonte. Con una gran tradición romera en toda la zona, fue levantado en el siglo XIV, en el mismo lugar que habría ocupado una ermita románica previa. De él procede la imagen mariana del siglo XIII que se conserva en la parroquia ardisana. Algunos enclaves cercanos, como Casas de Esper y Sierra de los Blancos pasaron a depender de Ardisa en época moderna. Si bien en el siglo XIX alcanzaría los 500 habitantes, hoy día apenas alberga a un centenar, que aumentan estacionalmente. La obra de imaginaria a la que nos vamos a referir se encuentra en la actualidad en el Museo Diocesano de Jaca, por lo que no incluimos indicaciones de acceso por carretera.

Cristo crucificado de la ermita de San Vicente (Museo Diocesano de Jaca)

ESTA ESPLÉNDIDA TALLA en madera de pino policromada procede de la ermita de San Vicente, cercana a Ardisa y perteneciente a la parroquia de Santa Ana. Para María del Carmen Lacarra sería obra del segundo tercio del siglo XIII y fue trasladada al Museo Diocesano de Jaca siendo párroco don Regino Alastrué Campo, en una fecha indeterminada entre 1969 y 1970. Décadas después de su incorporación, Ángela Franco Mata realizó un estudio de la hasta entonces inédita pieza, que alcanza las medidas de 163 cm de altura, 157 cm de extensión máxima entre sus brazos y 34 de anchura. No se han conservado ni la cruz ni los clavos de las extremidades.

El Cristo de Ardisa refleja a un Jesucristo que triunfa serenamente sobre la muerte siguiendo la tipología de cuatro clavos habitual en el arte románico. Aunque muy probablemente fuera obra de un taller local no determinado, ha sido relacionado con algunas imágenes del Valle de

Arán de los siglos XII y XIII, especialmente con el Cristo del Descendimiento de Mig Arán (siglo XII), obra del maestro de Erill y hoy custodiado en la iglesia de Viella. En dicho contexto pirenaico algunas de las imágenes cristológicas fueron concebidas originalmente como parte de grupos representando el Descendimiento y cumplían un papel litúrgico diferente. Muchas fueron desmembradas a partir del Concilio de Trento, de tal suerte que las imágenes de Cristo fueron convertidas en crucificados. Paradójicamente, éste sería el camino inverso al sufrido por el Cristo de Ardisa ya que, según Franco Mata, el brazo derecho de la imagen ardisana habría sufrido una rotura en el hombro efectuada para transformar el crucificado precisamente en un Cristo de Descendimiento. La imagen fue restaurada en 1992 para recuperar su disposición primigénea. Otros vínculos estilísticos han sido establecidos por María del Carmen Lacarra con otras dos imágenes aragonesas, no



Cristo románico



Detalle

sólo por una incipiente aproximación naturalista a algunos rasgos anatómicos, sino por el tratamiento de barbas y bigote, con una peinada barba terminada en rizos acaramelados y esquemáticos. Se trata del Cristo de San Pedro del monasterio de Siresa, obra del segundo tercio del siglo XIII, que fue descubierta en 1995, así como del Cristo de la ermita de San Mamés de Asín de Broto en Boltaña.

El cuerpo fue concebido a tamaño natural, con un tratamiento de la anatomía todavía esquemático pero en el que se advierte ese incipiente naturalismo, reflejado en el tratamiento realista de elementos como el esternón, las costillas señaladas por trazos, la pelvis, el epigastrio dibujado con líneas muy marcadas, el bajo vientre plano o el sutil aspecto del *perizonium*. Así, la figura presenta un ligero arqueado, de modo que el costado superior derecho se curva en esa dirección y su impassible rostro se inclina en esa dirección. Su artífice empleó la fórmula de mostrar ambas manos abiertas y los dedos muy alargados, lo que podría retrasar su cronología a mediados del XIII y estaría ade-

lantando elementos de los Cristos góticos, como señala Franco Mata. De extremidades esbeltas, algo esquemáticas pero ligeramente flexionadas en el caso de las piernas, la figura se remata con dos pies ligeramente tornados hacia afuera. En cuanto al preceptivo paño de pureza o *perizonium*, está construido con suma delicadeza y se bordea con una especie de greca, posiblemente repintada. Se ciñe a la mitad de la cadera, insinuando los huesos, y se cierra en el centro con un complejo nudo detalladamente ejecutado. Sus pliegues caen así entre las piernas, que quedan tapadas hasta las rodillas, quedando la izquierda al aire con un plegado en diagonal y la derecha cubierta.

Si el cuerpo prefiguraba la imaginería gótica, la cabeza tiene un carácter más conservador. El Cristo de Ardisa porta barba y bigotes especialmente rizados, pero su cabellera es lisa, se parte en dos sobre la frente, mientras es recogida por detrás y desparrama sus guedejas sobre los hombros, sin acusar su volumen. El rostro, que muestra unos grandes ojos cerrados bajo marcados arcos ciliares, es

alargado y severo, con una nariz recta. El hecho de que no se corone con espinas ni diadema alguna permite apreciar mejor el tamaño de sus orejas, un tanto desproporcionadas, así concebidas para compensar la altura desde la cual sería contemplada esta escultura. Las suaves carnaciones de la figura sugieren que la policromía fue probablemente resultado de un repinte posterior. Esta aproximación al Cristo de Ardisa hubiera sido imposible sin la amable disponibilidad de la alcaldesa de la localidad, Ángeles Palacio, y del Museo Diocesano de Jaca.

Texto: DSA - Fotos: AGO

Bibliografía

ABBAD RÍOS, F., 1957, pp. 552-553; ALMERÍA, J. A. *et alii*, 1998, pp. 49-50; ARAMENDIA ALFRANCA, J., 2001, IV, pp. 85-86; CAMPS SORIA, J. y DECTOT, X., 2004, p. 80; FRANCO MATA, A., 1993, pp. 334-335; LACARRA DUCAY, M. C., 1993, pp. 95-98; LACARRA DUCAY, M. C., 1995, pp. 483-498; LACARRA DUCAY, M. C., 2008, pp. 78-79; MADDOZ IBÁÑEZ, P., 1845-1850 (1985), p. 82.